

Pedro Sánchez Herráez

Coronel del Ejército de Tierra, Infantería.

Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos.

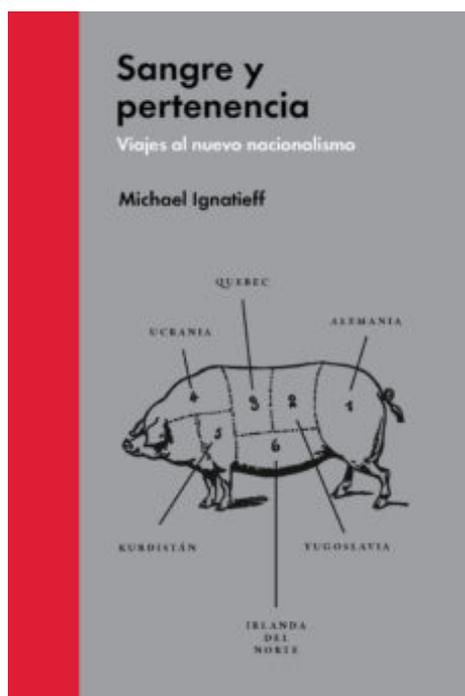
Doctor en Paz y Seguridad Internacional.

Correo: psanche@et.mde.es

Reseña

SANGRE Y PERTENENCIA. VIAJES AL NUEVO NACIONALISMO. Autor: Ignatieff, Michael. Editorial: El hombre del tres, 2012.

ISBN: 9788494016110 (311 páginas).



Las buenas obras perduran en el tiempo, pues afrontan cuestiones y paradigmas que se repiten a lo largo de los años, que se replican al compás de las generaciones, de las etapas o de los grandes acontecimientos e hitos que jalonan la historia.

Y, sin duda, la obra traída a colación es una de ellas, pues constituye una narración que trasciende el momento en el que ha sido escrita. De hecho, su primera publicación ve la luz en el año 1993, en un contexto histórico en el cual la reciente caída del muro de Berlín y el fin de la Unión Soviética dieron alas, como se plasma en la obra de Francis Fukuyama en el 1992 *El fin de la historia y el último hombre*, a la idea de afrontar una nueva era para la humanidad, en el hecho de estar viviéndose la entrada en una nueva etapa en la que los conflictos armados pasarían a segundo plano, una vez acabadas las grandes disputas ideológicas.

En ese marco lleno de esperanzas y expectativas, de sueños de una paz perpetua kantiana y de un mundo con un mayor grado de gobernanza global –baste recordar el exponencial crecimiento de las misiones de paz de las Naciones Unidas como plasmación de ese intento de incrementar la acción internacional–, surgen episodios que si bien inicialmente parecen solo los estertores del pasado, pronto proporcionan un baño de realismo y crudeza a ese fin de la historia... pues parece, finalmente, que la historia siempre vuelve.

Una persona tan polifacética como Michael Ignatieff (Toronto, 1947) –en su amplio currículum y trayectoria vital se encuentra haber ejercido de escritor, académico en diversas universidades en varios países, presentador de radio y televisión, además de político–, con esa amplia experiencia profesional y vital, observa los acontecimientos que están produciéndose en la hoy ex Yugoslavia y en otros lugares del mundo, y pretende poner blanco sobre negro, una visión de los hechos basada en cuestiones que parecían del pasado y nada acordes con las expectativas globales y globalistas generadas a comienzos de la década. Y dicha visión se centra y articula en torno al nacionalismo.

Así nace la obra *Sangre y pertenencia. Viajes al nuevo nacionalismo*. Escrita con pluma ágil, con trazo general e intimista a la vez, su lectura conmueve por lo próxima, por la potencia de su relato, y, también, por supuesto, por la reflexión que genera. De hecho, para el lector menos avezado en geopolítica y relaciones internacionales, salvo ciertas cuestiones relativas a la guerra en Balcanes (en la antigua Yugoslavia) y a la reunificación de Alemania, casi contemporánea a la publicación de la obra, el resto del texto, exceptuando los momentos en los que se cita alguna fecha o algún acontecimiento de resonancia muy significativa, podría haberse escrito «ayer», haciendo mención a los mismos lugares y casi a los mismos carácter y tipos que presenta en la obra.

La obra principia con una suerte de introducción, se nuclea posteriormente en «seis viajes» –Croacia y Serbia, Alemania, Ucrania, Quebec, Kurdistán e Irlanda del Norte– y finaliza con una reflexión final, además de contar con un epílogo a la edición española. Y, a lo largo de toda ella, el texto pivota alrededor de las nociones de nacionalismo y pertenencia, tomando y poniendo como casos prácticos los entornos y circunstancias que presencia *in situ* en esos sus seis viajes.

Ignatieff comienza realizando un planteamiento sobre la obra y su pretensión, desde una reflexión cuasi personal: tras asumir que el mundo se encaminaba a un nuevo globalismo, dejando atrás el nacionalismo de manera irrevocable, y abandonando definitivamente el tribalismo, señala la profunda equivocación que este pensamiento supuso.

Distingue, de manera magistral, entre dos tipos de nacionalismo, el nacionalismo cívico y el étnico, marcando las profundas diferencias existentes entre ambos. Así, indica que el nacionalismo cívico acontece cuando la nación está nucleada sobre individuos que sostienen el credo político de la nación, independientemente de su raza, sexo, religión, etnia o lengua; y es cívico porque otorga una ciudadanía igualitaria poseedora de derechos, y, además, es necesariamente democrática, pues lo que mantiene unida a una sociedad, según el nacionalismo cívico, no son las raíces comunes –pues hoy día la mayoría de las sociedades no son mono étnicas–, sino la ley.

Sin embargo, cuando aborda la cuestión del nacionalismo étnico, señala que este defiende que los vínculos más profundos de un individuo son heredados, no elegidos. Y si bien esta psicología de pertenencia, indica, puede ser más profunda que la del nacionalismo cívico, la sociología que la acompaña es mucho menos realista, por lo cual los regímenes nacionalistas acaban necesariamente manteniendo la unidad por la fuerza, no por el consentimiento, lo que conlleva que finalmente son regímenes más autoritarios que democráticos.

Continúa señalando en la página 12: «... el atractivo fundamental del nacionalismo étnico se basa en ser un argumento a favor del dominio de la mayoría étnica, para mantener a los enemigos controlados o para acabar con una historia de subordinación cultural». Y, que, frente al cosmopolitismo dominante e imperante en esa época, indica que no se ha pasado a una era posnacional, y que, además, dicho cosmopolitismo es un privilegio de aquellos que pueden dar por garantizado un Estado nación seguro, pues ante una situación de caos político y económico, la pregunta que surge es ¿de quién me puedo fiar y a quien puedo considerar de «los míos»? y la respuesta que ofrece el nacionalismo étnico es clara y obvia: de los de tu misma sangre.

Tras estos cuestionamientos, desgrana los estudios de caso de su obra; como primera parada, Yugoslavia, donde vivió de joven en la era de Tito (murió en 1980), asombrado el autor de que el término «limpieza étnica» se hubiera acuñado sobre las ruinas del otrora admirado país, e intentando responder al interrogante de qué había transformado en enemigos a los antiguos vecinos.

Alemania, en pleno proceso de reunificación –recordemos que la obra original se publica en 1993– y plena de dificultades existentes desde la óptica que nos ocupa, pese a que en el país las leyes definen la ciudadanía desde la óptica de la etnicidad, uno de los escasos lugares del mundo desarrollado donde es así.

Ucrania, la «frontera» –pues tal es el significado del término– presenta una narración con un fuerte componente intimista, pues los abuelos y bisabuelos del autor fueron terratenientes de origen ruso afincados en Ucrania, y donde intenta valorar lo

que supone para los ucranianos ser una nueva y joven nación; se incluye un epígrafe dedicado a Crimea, la península que fue rusa, que fue anexada a Ucrania en una reordenación territorial por la URSS y que fue anexionada de nuevo por parte de Rusia en 2014... y donde los tártaros de Crimea lo que quieren, indica el autor, es el retorno de la República Autónoma Tártara, aunque, como también señala en la página 165 «Me temo que los nacionalistas ucranianos estarán tan sordos a las peticiones de los tártaros de Crimea como lo estuvieron los disidentes rusos cuando se les pidió que apoyaran las demandas autonomistas ucranianas en los años setenta».

Quebec –el que fue destino de sus abuelos rusos exilados– es el cuarto punto en su recorrido, siendo además el país natal del autor, país que, señala, ha sido desgarrado durante treinta años por el nacionalismo quebequés, sobre la base de una reclamación cultural y lingüística. Y, de manera similar a lo que ocurre con Crimea en Ucrania, explora, entre otras cuestiones, como el nacionalismo quebequés afronta la solicitud de autodeterminación nacional de los cree, un pueblo nativo al norte de Quebec en cuyas tierras se encuentra una parte significativa del potencial económico, de un potencial Quebec independiente, pueblo, el cree, que repite el argumento ¿Cómo puedes pedir la autodeterminación y negárnosla a nosotros?

La quinta parada se produce en el Kurdistán, el territorio de un pueblo sin Estado, repartido entre varios Estados, donde el autor refiere parte de su lucha para lograrlo, así como los intentos del nacionalismo kurdo para conseguir ser una sola nación frente, además de a los propios Estados donde se encuentra dicha región, a un todavía poderoso componente tribal y local.

Finalmente, Gran Bretaña, donde el autor pasó años de su vida, y tras pintar un marco general, la narración se centra en Belfast, donde la fractura entre católicos y protestantes es tal que, señala, hubo que levantar muros para que los vecinos no se mataran de uno a otro lado de la calle. Continúa con la importancia de ese marco, e Ignatieff indica que los británicos se encuentran entre los nacionalismos más feroces, pero también que «... el Reino Unido es consciente de que su construcción nacional fracasó en Irlanda» (página 270). Y apostilla finalmente, justo antes de pasar a las conclusiones (páginas 293-294) que «Lo que salva a la provincia (Úlster) de convertirse en Bosnia no es otra cosa que el ejército británico y los policías que hacen su trabajo. Hay una moraleja en esto. El único antídoto contra el nacionalismo étnico es el nacionalismo cívico, porque la única garantía de que los grupos étnicos puedan convivir en paz es que compartan la lealtad hacia un Estado que sea lo suficientemente fuerte, justo y equitativo como para poder reclamar su obediencia».

En su reflexión final, llena de cuestiones fruto de la investigación y valoración de lo presenciado en sus viajes, se señala un aspecto nada baladí: «En todos los sitios en los que he estado, el nacionalismo es más violento allí donde el grupo frente al que te defines es más parecido a ti» (página 295), pues es esa misma similitud la que lleva a definirse precisamente por las diferencias, por sutiles que estas pudieran ser. Es lo que Sigmund Freud definía como «el narcisismo de la pequeña diferencia», y es lo que motiva que el odio entre hermanos, cuando existe, sea mayor que el odio entre extraños.

Igualmente, recoge otra sentencia muy significativa: «El nacionalismo es un discurso que grita, no solo para ser escuchado, sino también para convencerse a sí mismo. Es como si la proporción de burda ficción histórica, violentas exageraciones morales y absurdas caricaturas del enemigo estuviera en relación directa con el grado de conciencia que el orador tiene de que realmente es todo mentira» (páginas 296-297), lo que acabe implicando que, por consiguiente, el nacionalismo no deje de ser un idioma de fantasía y evasión de la dura realidad de la vida.

Y, ante la potencial seducción que pueden ejercer dichas fantasías, el autor señala que los sistemas políticos de cualquier sociedad pueden ser vulnerables a las mismas, como recoge en la página 297: «Las sociedades con una tradición democrática adecuada han demostrado ser vulnerables a la política de la fantasía. Pero un sistema democrático al menos permite el castigo a los fantasiosos cuyas mentiras les acaban atrapando. Al mismo tiempo, sin embargo, no se puede considerar a la democracia como un antídoto eficaz frente al nacionalismo».

Un apunte sobre la violencia; Ignatieff indica que es un error suponer que todo el mundo odia y teme la violencia —en sus viajes así ha podido constatarlo fehacientemente—, como también se puede afirmar que existe una profunda conexión entre la violencia y el sentimiento de pertenencia, pues mientras mayor sea este, mayor hostilidad y violencia frente a los «otros».

Por ello, finaliza indicando que existe una batalla entre la nación cívica y la nación étnica. Y que el resultado de dicha batalla es, de momento, incierto.

Cabe preguntarse, en una Europa sumida en un profundo desafío tal y como representa el *brexít*, ciertamente la marcha atrás en un proceso integrador supranacional, así como en las poderosas tensiones internas a que están sujetas muchas de las naciones de Europa —y del mundo—, si, realmente, la obra no es de máxima actualidad. En cualquier caso, el lector que tenga la fortuna de acercarse a esas trescientas páginas, que se leen en un suspiro, podrá valorar si esta es una de esas obras que perduran en el tiempo. Por suerte o quizás, por la temática, en este caso, por desgracia. Pero, sin duda, merece la pena recorrerla.

Artículo recibido: 21 de octubre de 2019.

Artículo aceptado: 24 de octubre de 2019.
